

capaz de ejecutar aquellas instrucciones de grandeza heroica que el diez de Marzo comunicara Carnot al general en jefe, consistentes en dar cuanto antes una gran batalla entre los ríos Escalda y Lis, tomar enseguida á Ipres para asegurar la frontera por la parte de la Flandes marítima, incomunicar la Flandes belga del Brabante y apoderarse de una ú otra de estas provincias, en tanto que el ejército de los Ardennes entraría en Bélgica por Charleroi y una columna del acantonado en el Mosela caería sobre Lieja. «La defensiva, escribía Carnot, nos deshonra y nos mata. No aplastar hasta el último de nuestros enemigos en el plazo de tres meses equivale á perderlo todo, porque habría que volver á comenzar el año venidero, y antes pereceríamos de hambre y de extenuación.» Veía claramente Carnot que había de serle imposible á Francia sostener por mucho tiempo el prodigioso esfuerzo que hacía, y en semejante situación, la sabiduría consistía en la más temeraria audacia. Pero Pichegru no servía para el caso: ni desarrolló la suficiente actividad en los preparativos de la acción, ni mostró en la ejecución un ojo rápido y seguro, llegando al extremo de dejar tomar la ofensiva al enemigo. Éste había concebido, á su vez, vastos proyectos: apoderarse de una plaza sobre el Sambre, Landrecies, avanzar de aquí hasta el Oise, y dirigirse luego por Guisa á Laon y París. Protegerían al ejército que marchase sobre París, por el flanco derecho, la inundación de Flandes, donde se abrirían todas las compuertas; por el flanco izquierdo, el ejército prusiano, que se haría venir del Rhin al Mosa y al Sambre. Un cuerpo de ingleses y austriacos desembarcaría en la Vendée, para caer también sobre París con los insurrectos vendeanos. En número, allá se iban uno y otro ejército. Ciento noventa y cinco mil hombres contaba el de los aliados; ciento ochenta mil el de la República. Pero había gran diferencia en la calidad, siendo los soldados de los primeros duros y aguerridos, bisoños y blandos los de los otros. La inferioridad de los franceses en este punto estaba compensada por la ventaja que les daba la unidad de dirección, moviéndose todo en su campamento al impulso de una sola voluntad, la de Carnot, al paso que en el de los aliados eran múltiples los pareceres, de donde resultaba que mientras estos perdían el tiempo en deliberar, aquellos ejecutaban.

El nueve de Abril llegó á Bruselas el emperador Francisco II, é inmediatamente tomó el mando en jefe del ejército aliado. Mientras la ciudad victoreaba y festejaba, como es costumbre en semejantes casos, al ilustre huésped, las tropas avanzaban, apretaban sus acantonamientos y se disponían á empezar las operaciones. El conde Clerfait, á la cabeza de veinticinco mil hombres, formaba el ala izquierda, en Flandes, con dos pequeños cuerpos auxiliares de diez mil hombres, que se daban la mano con el centro, entre Orchies y Denain; el duque de Yock y los príncipes de Coburgo y de Orange mandaban el ejército principal, fuerte de sesenta y siete mil hombres, que se extendían á continuación, desde Valenciennes hasta Bavay, punto éste donde el Emperador sentó su cuartel general, para dirigir en persona el ataque contra Landrecies; por último, componía el ala izquierda

Kaunitz, vigilando el curso del Sambre con veintisiete mil hombres, más ocho mil que envió al Este al mando de Beaulieu, para proteger á Luxemburgo. Los aliados acariciaban las más risueñas esperanzas. El mismo Emperador, receloso y pesimista de suyo, mostrábase resuelto, alegre, confiado, como nunca se le había visto, sin otro pensamiento que el de conducir lo más pronto posible aquellas soberbias tropas á la victoria. El diez y siete de Abril, dividióse el ejército en ocho columnas, las cuales partieron de Cateau cada una en dirección distinta, con rumbo las unas á Landrecies y al Oeste las otras, para expulsar al enemigo de los alrededores de Cambrai. Esta imprudente dispersión de fuerzas hubiese podido ser funesta frente á otro adversario; pero como el plan de Carnot consistía en lanzar las masas principales sobre Flandes, hallábanse reducidas sus fuerzas en el centro á cuatro divisiones, no más fuertes que las del enemigo y diseminadas igualmente desde Avesnes hasta Cambrai. El ataque de los aliados, cogiéndolas de improviso, las desalojó de todas partes tras ligero combate. Indicada estaba una persecución enérgica, que hubiese dispersado por completo el centro de los republicanos y colocado en situación peligrosa su ala derecha aislándola en el Sambre; pero no alcanzaba á tanto la vista del Emperador ni la de Coburgo, los cuales se contentaron con bloquear á Landrecies, desparramando el resto de las tropas á derecha é izquierda del Sambre, en una curva de cinco leguas. Las mismas faltas que en la campaña anterior: carencia de fin preciso, fraccionamiento de fuerzas, sitios emprendidos antes de haber inutilizado las tropas que pudieran acudir al socorro de las plazas sitiadas. Les salvó ahora la torpeza del enemigo. Tres veces volvieron los franceses á la carga, y las tres fueron rechazados con grandes pérdidas. Eutonces Pichegru, advertido del peligro que corría su centro, envió al bravo general Ferrand con solos diez mil hombres ¡Qué error! Cuando pudo haber terminado la lucha en este punto, al nacer, con haber reunido la mayor parte de sus fuerzas en el punto amenazado. Sucedió lo que era de esperar, que la pequeña columna de Ferrand y las dos que acaudillaba el general Chapuis fueron derrotadas el veintiséis, con pérdida de siete mil hombres y cuarenta y un cañones, y que á consecuencia de este desastre, Landrecies capituló el treinta, quedando prisioneros los cinco mil hombres que componían su guarnición. Realizada estaba la primera parte del plan de los aliados; procedía ahora invadir el territorio francés y marchar sobre París. Mas no hubo nada de esto, por la multiplicidad de voluntades. Coburgo declaró que toda ofensiva sería insensata y punible si no se traían refuerzos bastantes para asegurar el éxito, y estos refuerzos no vinieron. Los flamencos no permitieron que se inundase su país, para cerrar el paso á los franceses; Thugut se opuso, con sus suspicacias, á que se trasladasen á Bélgica los sesenta y dos mil prusianos del Rhin. Tras buen tiempo perdido en reflexionar, Coburgo trazó un plan de ataque contra las plazas más próximas, Bouchain, Cambrai y Avesnes; envió pequeños refuerzos á los puntos amenazados, y se estuvo á la expectativa, con ánimo de

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

acomodar su conducta á la de los adversarios. Desde ahora, pues, vuelve de nuevo la iniciativa de los movimientos á los franceses, los cuales, hacia fines de Abril, indiferentes á la suerte de Landrecies, se disponían en todos los puntos del teatro de la guerra, á llevar á cabo el vasto plan de Carnot.

Según este plan, el centro se mantendría á la defensiva y tomarían la ofensiva las dos alas, arrojándose la masa principal del ejército del Norte sobre Flandes y atacando el de los ardenes á Kraunitz, en tanto que un destacamento del ejército del Mosela distraería á los aliados por un golpe de mano contra Namur. El ejército del Mosela fué desgraciado. Cinco veces forzó el paso del Sambre é intentó romper las líneas austriacas, y cinco veces fué rechazado. En vano Saint-Just y Lebas, sable en mano, cargaban á la cabeza de las columnas llenando al soldado de admiración y á los jefes de terror; hubo que retroceder siempre ante la firmeza de los austriacos, con gran disgusto de Robespierre, que ya maquinaba deshacerse de Carnot y colocar en su puesto á Saint-Just. Más propicia se mostró la fortuna con el ejército del Norte, el cual pasó la frontera el veinticuatro de Abril, dividido en tres fuertes divisiones, Michaud, Moreau y Souham, que sumaban sesenta y un mil hombres. Michaud se dirigió por el Oeste hacia Ipres y Nieuport; Moreau y Souham, tomaron por las dos márgenes del Lis, para juntarse luego y bloquear la fuerte plaza de Menin. Clerfait, que se hallaba lejos de allí, en Denain, corrió al socorro de la plaza, pero antes que pudiera tomar la ofensiva, el veintinueve de Abril vióse repentinamente envuelto por más de treinta mil hombres de las divisiones Souham y Moreau, contra las que de nada le sirvió su enérgica resistencia. Pero Menin no capituló como había capitulado Landrecies. Su comandante, el hanoveriano Hammerstein, hombre de hierro, viejo soldado de valor indomable, cuando no pudo sostenerse por haber incendiado un proyectil el almacén de pólvora, se abrió paso poco después de media noche por entre las filas de los sitiadores, y llevó á Clerfait un cuerpo de doce mil hombres, que se habían conducido como verdaderos héroes.

Con diez mil salió York de Cateau al socorro de Clerfait, y una vez juntos, resolvieron tomar la ofensiva. Propósito nada temerario, á pesar de la superioridad numérica de las fuerzas enemigas, si se tiene en cuenta que éstas se hallaban espaciadas en larga columna, desde Lille hasta Courtrai, y que York y Clerfait, situados al Suroeste de Lille, casi detrás de los franceses, podían, desde cualquier punto, dar un golpe fatal á la columna. Tanto es así, que Pichegru llamó de Cambrai al general Bonnaud con veinte mil hombres, para que se situase entre Lille y Tournai y protegiese sus operaciones contra el duque de York. Con todo, y á pesar de sus noventa mil hombres, Pichegru hubiera podido verse en caso de peligro si los aliados hubiesen arremetido con todas sus fuerzas contra Bonnaud; mas en vez de esto, resolvieron atacar á Souham y Moreau, lo que les obligó á diseminar sus tropas. Su situación fué entonces crítica. Apremiantes peticiones de socorro se suce-

dían en el cuartel general del Emperador, cuya decisión se disputaban multitud de influencias contradictorias. Sin embargo, la situación se presentaba completamente despejada desde el punto de vista militar. No hay sino fijarse en que las posiciones francesas formaban un gran semicírculo, en cuyo extremo occidental cien mil hombres se internaban en Flandes; en el oriental, setenta mil vigilaban el bajo Sambre, y ocupaban el centro no más que diez y ocho mil, repartidos en sitios distantes los unos de los otros; y en que los aliados, por su parte, habían tomado poco á poco una posición semejante, aunque de arco menor, teniendo treinta y cuatro mil hombres en el centro y unos treinta y nueve mil en cada una de las alas. Si se comparan estos dos cuadros y se considera que las dos alas de los aliados habían resistido hasta entonces á la superioridad numérica del enemigo, es evidente que había aun para aquéllos grandes probabilidades de salvación y de triunfo; la cuestión estaba en saber aprovecharse de la dispersión de las fuerzas enemigas, en saber concentrarse para ser más fuertes en un punto decisivo, aun siendo más débiles en el conjunto. Dos caminos había al efecto. Era el uno que Coburgo pusiese en días el centro enemigo fuera de combate, y, corriéndose luego á la izquierda, batiese en combinación con Kaunitz al ejército del Sambre, antes que Pichegru pudiese enviar al socorro de éste un solo soldado; el otro, tomar á la derecha y embestir, de acuerdo con el duque de York y Clerfait, contra el ejército principal de Pichegru en Flandes, con lo que se interceptaría la retirada al ejército de Lille y se le repelería en un país enemigo, teniendo á la espalda el mar, poblado igualmente de flotas enemigas. De estos dos proyectos, el primero era más fácil; el segundo, caso de lograrse, decisivo. A éste se inclinaba el Emperador, no faltó de inteligencia militar; pero actuaban sobre él muchas y muy opuestas influencias. Por una parte de Rusia, de Lombardía, de Cerdeña, llegaron á la sazón á la corte austriaca peticiones de tropas, ofreciendo en cambio seductoras ventajas. Luego se presentó inesperadamente la ocasión de concluir con la República la paz tan deseada. Un francés, que se decía conde de Montgaillard, realmente uno de tantos caballeros de industria política, aventurero desde la Revolución al servicio de todos los partidos, y ahora dócil instrumento de Robespierre, se presentó en Valenciennes manifestando que venía de parte del Comité de Salvación pública á comunicar al Emperador proposiciones de importancia, cuales fueron, que Francia estaba pronta á concluir la paz, en condiciones singulares por cierto; favorables al Austria y á Cerdeña, perjudiciales á Inglaterra, por lo que no faltó quien pensase que aquello era sólo un ardid para encender la tea de la discordia entre las dos potencias más interesadas contra la Revolución. Cabía, sin embargo, opinar lo contrario, dada la situación apurada del Comité de Salvación pública, por lo que la presencia del raro embajador junto á las peticiones de auxilio, dió por resultado un como paréntesis en las operaciones militares y que cobrase fuerza el partido de la paz, á cuya cabeza se hallaba Thugut; pero dieron al traste con todas las incertidumbres y devolvieron el predominio al partido de la

guerra las alarmantes noticias recibidas de Flandes, á saber: que Clerfait, después de un sangriento combate, había tenido que batirse en retirada el once de Mayo, en dirección Noroeste, retrocediendo en buen orden, pero apretado muy de cerca, hasta las cercanías de Gante; el duque de York no había podido ir á su socorro, á causa de haber sido vivamente atacado á su vez en diez de Mayo por el general Bonnaud, siéndole imposible sostener á Clerfait ó libertar á Gante. No bien se recibieron estas nuevas, prohibió el Emperador que se le volviese á hablar de aplazamientos, é inmediatamente ordenó que se circularan las órdenes para que las divisiones del centro efectuasen una gran marcha de frente hacia Flandes. De los dos caminos que hemos apuntado arriba, se emprendía el más difícil. Con esto llegamos al momento y al teatro en que se decidieron los destinos de esta campaña.

Entre las costas del mar al Oeste y el Escalda al Este, que marchan casi paralelos, se dilata una llanura de setenta y siete kilómetros de largo por setenta de ancho, bien cultivada, poblada de ricas y florecientes ciudades, de muchas y muy encantadoras aldeas, que se levantan entre huertos y jardines; sus campos están deslindados por medio de fosos con agua corriente, de setos muy altos ó de apretadas hileras de árboles, que en las operaciones de la guerra no dejan moverse á la caballería; sus arroyos corren por entre tierras movedizas y pantanosas, de manera que ni los más pequeños pueden pasarse sino por sólidos puentes, ni se puede pedir, siquiera á la infantería, ningún rápido movimiento fuera de los anchos caminos. A pesar de semejantes condiciones, esta llanura ha sido en todo tiempo teatro de grandes y con frecuencia sangrientos acontecimientos. De las riberas del Escalda y del Lis partieron los francos salios para comenzar su carrera victoriosa en la Galia; allí fué donde Felipe II Augusto hizo morder el polvo á la poderosa casa de los Güelfos; allí donde los duques de Borgoña, oponiéndose al espíritu de independencia de las ciudades flamencas, echaron los cimientos de un poder que había de dominar el mundo; allí donde Luis XIV; abatido después de tantos años de triunfos y de arrogancia, halló en su misma desesperación fuerzas para resistir á Eugenio y Malborough; allí, en fin, donde se decidió ahora la suerte de la Revolución francesa.

A unos veinte kilómetros Oeste del río Escalda, entra en Bélgica el Lis, cuyo curso es paralelo al de aquél hasta Deinge, donde describe una curva al Este, yendo á confundirse con su principal cerca de Gante. De esta suerte, los dos ríos forman un triángulo alargado, sobre cuya base se levantan, por la parte de Francia, Lille, la plaza más importante de la frontera; por la de Flandes, Tournai, sobre el Escalda. En este triángulo hallábanse acantonados los ejércitos beligerantes. El francés se extendía desde Lille, base de sus operaciones, donde estaban las divisiones Bonnaud y Osten, al Norte, hasta Menin y Courtrai, que habían tomado y donde acababan Moreau y Souham; al Oeste, hasta cerca de Ipres, donde, para proteger esta larga línea, acampaba la división Michaud. El de los alia-

dos se hallaba más diseminado: Clerfait estaba, con diez y seis mil hombres, á la izquierda del Lis, cerca de Thielt; al Norte de la columna de ataque de los franceses y separado por esta misma columna de los suyos; el duque de York, con diez y ocho mil hombres, en Tournai, Este de Lille, frente á Bonnaud y casi á espaldas de Souham y Moreau. Dadas estas posiciones, es claro que, si se reforzaba la columna de York con todas las tropas del centro elevando su cifra á cuarenta ó cincuenta mil hombres, sería posible dispersar en un abrir y cerrar de ojos las tropas de Bonnaud, y entonces, Moreau y Souham, privados de todo socorro; difícilmente podrían escapar á la ruina. Convenciéronse en el cuartel general de la bondad de este plan, pero no se tuvo el acierto suficiente para ejecutarlo. Decidióse, con buen acuerdo, que los veintitrés mil hombres de Landrecies atacarían á Bonnaud á las órdenes del archiduque Carlos y del general Kinski; pero en vez de dar la misma dirección al duque de York, se le ordenó dividir su cuerpo en dos columnas y que éstas marchasen hacia Roubaix y Tourcoing, contra Moreau y Souham. Los hanoverianos, acampados unas leguas más al Norte, deberían atacar á Mouscron, y por último, Clerfait, dando un gran rodeo al Oeste, iría á juntarse con el duque de York en Tourcoing. Este plan, aun con la desacertada división y destino de la división York, era excelente, pero á condición de que todos los cuerpos se encontrasen á la hora fijada en el campo de batalla y de que los cien mil franceses, colocados en medio de ellos, no rompiesen la red por un contra-ataque inesperado, el cual no era de temer por ahora. En efecto, nadie en el campamento francés sospechaba lo que se estaba tramando en el de los aliados. Pichegru acababa de partir para el Sambre, á fin de alentar y consolar á los generales allí vencidos, y de la misma seguridad participaban Souham y Moreau. Por esto, cuando el diez y seis de Mayo las avanzadas anunciaron movimiento en el campamento de Clerfait, Souham y Moreau hicieron pasar el Lis á más de cuarenta mil hombres, sin pensar en el peligro que les amenazaba por la espalda. A consecuencia de esta marcha, las ciudades que ocupaban, Mouscron, Roubaix y Tourcoing, quedaron con escasas guarniciones, y los aliados procedentes de Tournai pudieron atacarlas el diez y siete con grandes probabilidades de éxito. Y bien que el pequeño cuerpo de hanoverianos sufriera sensibles pérdidas en el ataque á Mouscron, el general imperial Otto se apoderó de Tourcoing, después de fogoso combate, y la guardia inglesa, acaudillada por York en persona, se estableció al atardecer en Roubaix, antes que Souham y Moreau hubiesen podido repasar el Lis. Es, pues, evidente que les habría sido imposible á estos generales socorrer el diez y siete á Bonnaud, si Coburgo hubiese acometido á éste con todas sus fuerzas, y por tanto, que el plan de batalla concebido por los aliados era perfectamente realizable en la mañana de aquel día. La desgracia estuvo en que las ventajas alcanzadas por el duque de York y por Otto fueron las únicas. Clerfait, caminando por un país lleno de enemigos, no pudo llegar, por mucho que se esforzó, más que hasta Werwick, distante unas leguas de Tourcoing, que era el punto de